

## RUBEN DARIO HA BEBIDO, VIVA DARIO

Paco Tovar

**E**n 1909, Rubén Darío admite sus propias contradicciones y tendencias. El es un hombre en el que se mezclan "la simiente del catolicismo, contrapuesto a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios" <sup>1</sup>. La despierta conciencia del sujeto escribe lo que da sentido no sólo a su vida, íntimamente ligada a esa capacidad creadora que posee como poeta, sino los riesgos que entraña el uso, ciertamente necesario, de algunos productos que le ayudan a superar sus negras visiones y sus amargas experiencias. Los signos de Darío, y el orden en que se nos ofrecen, marcan inexorablemente, como viene a decir Pedro Salinas, los temas, sin perder por ello la unidad del alma

Rubén no se esconde de su sombra: -Las cosas que me suceden son consecuencias naturales del alcohol y sus abusos: también de los placeres sin medida. He sido un atormentado, un amargado de las horas. He conocido los alcoholes todos: desde los de la India y los de Europa hasta los americanos, y los rudos y ásperos de Nicaragua, todo dolor, todo veneno, todo muerte. Mi fantasía, a veces en crisis; sufro la epilepsia que produce ese veneno del cual estoy saturado. Me siento entonces agresivo, feroz, con instinto de destruir, de matar. Así me explico los grandes asesinatos cometidos por el licor" <sup>2</sup>. Será el otro el que cometa su magnicidio tan lentamente o tan rápido como lo permita el cuerpo en el que está instalado.

Los periódicos, en su día, dieron la noticia de la agonía del poeta, señalándolo como víctima de una cirrosis atrófica producida por el licor. Esta es la explicación más simple, corroborada por el estudio científico de unos órganos extraídos del cadáver para realizar su autopsia. Sin embargo, todo final exige una iniciación y un proceso en los que intervienen no sólo el aspecto biográfico o médico más superficial del individuo, sino otros factores que vienen a demostrar la complejidad de un ser vivo e inteligente, en íntimo contacto con el mundo que le afecta. La borrachera y el erotismo forman parte de un cuerpo sensual que se va formando a la medida del hombre, pero también son la razón de una existencia conflictiva que no renuncia al paraíso de los sentidos, aunque a veces resulte miserable. El sujeto, en sus viajes, se acompaña de los excesos

A la hora de contemplar a Rubén Darío en su completa figura no nos queda más remedio que contar con todos los hechos, con el tiempo en el que discurrieron y con la huella que dejaron. Este proceso de conocimiento descubre el único tema del poeta, el vital, "que desde los adentros preside misteriosamente sobre los otros temas, los literarios"<sup>3</sup>. No podemos dejar de acordar, con Salinas, que la presencia biográfica de Darío impone "dos formas de embriaguez, la sensual y la alcohólica"<sup>4</sup> y que ellas se reflejan en toda su escritura por ser ésta producto de una realidad sentida, pero tampoco queremos olvidar que "el oficio del poema no es reproducir aquella primera experiencia, sino crear otra, la obra, nueva, distinta, libre en su nuevo ser, en modo alguno esclava de su punto originario. El mundo de las formas artísticas es vida, claro. Pero no es la vida ésta, el trabajo multitudinario de ir y venir, de dormir y despertarse, de amar y desamar por el mundo. Es otra vida"<sup>5</sup>. Materia y espíritu, debidamente combinados, dan fe de la calidad del verso rubeniano.

## El consciente asesinato de Ruben Darío

Dejando claro desde el principio que el catolicismo de Rubén Darío, con el sentimiento de culpa que de él se deriva, no excluye el ejercicio de sus placeres, a los que se entrega plenamente sin sombra de arrepentimiento por saber asumirlos y apurarlos hasta sus últimas consecuencias, podemos hablar de la bebida como recurso para adormecer sus sucesivas crisis y como arma para ejecutar su asesinato. Dipsomanía y muerte son una constante que se encuentra en la obra de Rubén aunque no necesariamente se nombren con todas sus letras.

Fue su tío abuelo materno, a cuyo cuidado quedó desde niño, el que lo inició en el gusto por el "vino de oro" que tanto se repite en los versos de Darío. La imagen del "militar bravo y patriota, de los unionistas de Centro-América, con el famoso caudillo general Máximo Jerez, y de quien habla en sus **Memorias** el filibustero yanqui William Walker" va unida, entre otros recuerdos, al "champaña de Francia" <sup>6</sup>, y este último, a los contactos con la piel de la hembra en fiestas ciertas y justas galantes. El vino francés será "proclamado monarca sin disputa de los brebajes: -Damas, cuando bebeis champagne el fauno caprípedo os está haciendo señas bajo el cítiso-. Y luego: -La espuma del champagne es hermana de la espuma del mar, ambas han tocado las cándidas piernas de la diosa-" <sup>7</sup>.

De iniciado a entendido solo es cuestión de tiempo y de frecuencia. Numerosas son las referencias que señalan a Rubén como persona habituada a continuas libaciones, pero en su **Autobiografía** no se presenta borracho hasta que no registra el suceso de la muerte de su primera esposa, Rafaela Contreras Cañas, en diciembre de 1892: "Pasé ocho días sin saber nada de mí, pues en tal emergencia recurrí a las abrumadoras nepentas de las bebidas alcohólicas" <sup>8</sup>. Empieza a levantarse la figura de Jano, con sus rostros hacia ambos lados de un mismo dintel. Una parte dirigida a los curiosos; la otra encerrada en lo íntimo. La proyección de ambas hacia sus ámbitos provoca reflejos contradictorios cuyo patetismo no excluye el rictus de la risa que se contempla en los espejos del tiempo y la palabra. Darío sabrá permanecer atento a los testigos, afirmándolos en su

empeño por descubrir la verdad y la mentira de sus pesadillas, un gesto ambiguo y firme; de sus delirios, una sombra ágil; de sus macabras y orgiásticas danzas místicas, una sensualidad directa y estudiada, todos celebrados a solas pero junto a la sugerencia concreta de la carne femenina; bajo la luz resplandeciente de los salones cosmopolitas -las joyas, los colores y las lágrimas de vidrio relucen tanto sobre una dama descubierta como entre las sábanas de un lecho revuelto por el ejercicio amoroso-; en los vapores de un elixir múltiple, que sigue siendo la marca de una clase de elegidos. Son otros tipos de lucha válidos para ir desvelando los misterios de una visión superior. Esta se insinúa entre la vigilia y los profundos estados de coma, demostrando la certeza de una idea esperanzadora que no quiere descubrir su absoluto secreto. La palabra embruja a Darío y con ella se emborracha hasta el delirio. Silencio y monosílabos pertenecen al hombre público que pocas veces se permite ser brillante; verbo y vibración se exhiben en lo que ha de ser más profundo de una naturaleza copulativa.

Los excesos exigen su tributo. Cabe preguntarse si el espíritu ruberiano no concibió la dipsomanía como una parte importante de un sacrificio expiatorio y purificador en el que él representaba a la víctima. En el altar sólo hay sitio para uno, y el elegido no puede ser inferior a la calidad del rito si se quiere alcanzar la trascendencia. Rubén Darío se erige en único juez, solo testigo y máximo responsable de una tarea salvadora universal. Se cierra el círculo de la herencia en la que se entierra la simiente del cristianismo para recoger los frutos de una nueva vida futura. El retorno a Nicaragua, que lo inhumará destrozado y muerto en 1916, no deja de ser significativo en esta historia particular. Lo anecdótico viene a reforzar los signos.

Por la pluma de Rubén Darío sabemos que en el París de 1893, y de la mano de Alejandro Sawa, fue presentado a Verlaine: "se conocía que había bebido harto. Respondía de cuando en cuando, a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa... Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose

a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: *¡La gloire!...¡La gloire!...¡M...M... encore!...* Creí prudente retirarme y esperar para verlo de nuevo una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle, se ha-llaba más o menos en el mismo estado; y aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico" <sup>9</sup>. Una escena similar se reproduciría en Madrid algunos años más tarde. El testigo y narrador sería Rafael Cansinos Asséns; el maestro, Darío; el introductor, Villa-espesa; el lugar no el café D' Harcourt, en la capital francesa, sino una cervecería de la calle de las Hileras, en la española: "a una mesita, en un rincón, con la copa delante... con la cabeza betthoveniana en las manos, todo rasurado y con las melenmas alborozadas" estaba el pontífice del modernismo, poseedor de una tremenda borrachera "taciturna, reconcentrada y decente". La escena también se presenta "enormemente triste" <sup>10</sup>. Ambos, Paul Verlaine y Rubén, morirían, también citando a Cansinos, víctimas "de su vida pródiga, de su poesía y de su ajeno" <sup>11</sup>.

Sawa no solo presentó Verlaine a Darío, sino que introdujo a este último en la bohemia parisina. No obstante, la amistad más íntima del poeta nicaragüense en esta época francesa tiene otro nombre: Juan Moreas, el griego que ocupó un lugar en **Los raros** y cuyo verdadero apellido era Papadiamantopoulos. Con él sostuvo "largas conversaciones ante animadores bebedizos" <sup>12</sup>. El resultado de estos encuentros fue el siguiente: "Los cafés y los restaurantes del bosque no tuvieron secretos para mí. Los días que pasé en la capital de las capitales, puede muy bien no envidiar a ningún irreflexivo -rastaquonere-" <sup>13</sup>. El retorno a América, esta vez como cónsul de Colombia en la máxima ciudad argentina, no apagó las luces de los bares ni dejó sin huésped el espacio que le reservaba el duende de la botella: "Pasaba, pues, mi vida bonaerense escribiendo artículos para **La Nación**, y versos que fueron más tarde mis **Prosas profanas** y buscando por la noche el peligroso encanto de los paraísos artificiales". <sup>14</sup>

En Madrid, a principios de 1899, sigue la fiesta: "Teníamos ine-narrables tenidas culinarias, de ambrosías y sobre todo de néctares, con el gran D. Ramón María del Valle Inclán, Palomero, Bueno y nuestro querido ministro de Bolivia, Moisés Ascarrunz" <sup>15</sup>. Eugenio García Velloso le acompañará en Roma, un año más tarde: "En la urbe romana tuvimos primero saudades de Buenos Aires, y después nos dimos a la alegría y gozo del vivir. Y tras animados paseos nocturnos, nos fuimos una mañana, en unión del periodista Ettore Mosca, al lugar campestre situado en las orillas del Tíber, que se denomina -Accua acetosa-. Allí, en una rústica *trattoria*, en donde sonreían rosadas tiberianas, nos dieron un desayuno ideal y primitivo: pollos fritos en clásico aceite, queso de égloga, higos y uvas que cantara Virgilio, vinos de oda horaciana. Y las aguas del río, y la viña frondosa que nos servía de techo, vieron naturales consecuentes locuras". <sup>16</sup>

La constante de todos los viajes fue, como bien nombró el mismo poeta en su novela inconclusa **Oro de Mallorca** y nos recuerda Pedro Salinas en uno de los epígrafes de su estudio sobre los versos de Darío, "cuerpos bellos, bebedizos diabólicos", un díptico que señala al escritor como un verdadero degustador de excesos. "El -'mal de alcoholes'- parejo a ese -'mal de amores'- que descubrió en la Edad Media la lengua castellana, es un mal crónico" <sup>17</sup>. En cualquier caso, el proceso literario de Darío corre parejo a un vivir obsesivo en el que el alcohol actúa como uno de los "estimulantes modificadores del pensamiento", aunque el escritor sabe que la bebida lo mata y el hombre tenga conciencia plena de ello.

A poco menos de tres años de su final, en Mallorca, ya deshecho, Rubén pide a Oswaldo Bazil, por entonces cónsul de Nicaragua en Barcelona: "Explíqueme a esta gente -los Sureda, en cuya casa residía como amigo- que me están matando; que necesito que me den abundante bebida. Me están mezclando el vino con agua. Dile a Pilar que busque ahora mismo en la Biblia el capítulo segundo del Evangelio de San Juan" <sup>18</sup>. El fragmento que señala refiere el episodio de las Bodas de Caná. La cita no hay que tomarla en su sentido literal solamente -el de solicitar más bebida para seguir la

fiesta-, sino en la urgente necesidad terapéutica de ingerir mejor vino al principio de un proceso alcohólico, dejando el más suave para el último momento -hay que tener en cuenta que, según nos dice el propio Bazil, el poeta ya había ingerido ese día veinte botellas de caldo mediterráneo-. Darío pide destilados de mayor graduación. Inmediatamente se le sirve *whisky*. La destrucción orgánica del cuerpo es ya irreversible, se diría que el sujeto desea acabar de una vez, siguiendo las pautas de un instinto violento aunque pausado, lo que convierte la animalidad de un acto de ansiedad en un autoasesinato plenamente reflexivo.

"Llena la copa y bebe: la fuente está en ti mismo"

Admitamos, también con Pedro Salinas, que no "hay hechura del hombre que no provenga de su vida. Por eso no existe arte que no sea humano, y que aunque esta o aquella obra puedan parecérsenos tan extrañas que las calificaremos de inhumanas, en el fondo responden a un modo de ser raro, extraño, de lo humano. El arte que se llamó deshumanizado es teoría de un hombre. ¿Cómo puede ser que el artista deshumanice el arte, si fatalmente ha de hacerlo desde su condición inescapable de humano?"<sup>19</sup>. En lo que nos ocupa nos sirven estas palabras como principio y como apoyo para comprender que la poesía de Rubén Darío contiene al individuo en su total complejidad y que ambos, sujeto y expresión, se encuentran sumergidos en la vida, aunque el primero sabe que ésta habrá de agotarlo. La solución se esconde en el fondo de un vaso inagotable y allí es donde ha de buscar sus imágenes. Este planteamiento puede ser un hecho real necesario y no un mero asunto literario. Cuando menos, resulta curioso que el poeta borracho no recrea sus delirios alcohólicos -difícilmente podría hacerlo con libre sinceridad bajo el dominio del licor, duende retardador de la mano y la memoria-, sino

que traduce sus visiones en un juego de máscaras lúcidas y plenamente vigilantes. El pulso de Darío es seguro y su inteligencia clara.

La bebida se viste de gala en los versos rubenianos para correr por su espacio. Saturará los cuerpos desnudos o engalanados, preparándolos para la cópula en un rito embriagante. Iluminará y regará las tertulias literarias, antes de que llegue su ocaso. Colmará la copa de los dioses, de los monstruos y de los genios clásicos, en la orgía de sus versos. Transpirará por la piel, los labios y los dedos de un espíritu dulcemente demoníaco. En cualquier caso, y sin rechazar lo anterior, el vino renuncia a aparecer en la obra de Darío como líquido espeso y agrio. Sus registros forman parte de una sutileza galante que no admite groserías, aunque insinúe perversiones. Rubén exhibe su clara "aristocracia báquica", tan "fácil y costosa a la vez, que no exige expediente de nobleza de sangre para pertenecer a ella. Rubén Darío, al inventarla, al bautizarla, literaturizaba su vicio, prestigiado por tristes hermanos augustos, como Poe, que acaba en un hospital de Baltimore, y Verlaine, el que fina en un hospital de París. Nueva inbricación, en la que se aúnan dos constantes: la muy impura del alcoholismo, y la muy pura del amor a la poesía. El diablo, experto en disfraces, se revestía las sombras del espiritual autor de **Eureka** y del místico autor de los sonetos de **Sagesse**, para que ellos le tendieran, desde sus tumbas y desde su inmortalidad, el fatal bebedizo. El hombre y su debilidad, al llenar el vaso, se sentían como amparados, excusados, por los poetas y sus grandezas. Y Rubén Darío bebía, como lo hizo casi todo, mitad en este mundo, mitad en el otro" <sup>20</sup>. Como buen jinete que es -le enseñó a montar el mismo maestro que le inició en el conocimiento del champagne, Don Félix Ramírez, su tío abuelo -cabalgará seguro sin ignorar sus riesgos.

El resultado no sólo será convincente, sino que puede señalarse como extraordinario. Lo raro y sus misterios se nos ponen al alcance de los ojos, de los oídos, de las manos, permitiéndonos jugar con el mismo juguete que va creando su autor. Este no pretende copiar la perfección, ni cambiar los acentos de un eco antiguo, sino liberarse del lastre y correr en libertad por un camino propio, perfectamente

controlado y absolutamente sorprendente. La pregunta cabe; la duda es necesaria; la segura indecisión, genésica. El verdadero escritor es el que acepta el principio de su única responsabilidad ante la página en blanco, dejando en ella la vida y aún ser capaz de admirarse y asombrarnos con sus imágenes:

*Mis ojos miraban en hora de ensueños  
la página blanca.  
Y vino el desfile de ensueños y sombras.  
Y fueron mujeres de rostros de estatua,  
mujeres de rostros de estatuas de mármol,  
itan tristes, tan dulces, tan suaves, tan pálidas!  
Y fueron visiones de extraños poemas,  
de extraños poemas de besos y lágrimas,  
i de historias que dejan en crueles instantes  
las testas viriles cubiertas de canas!  
¡Qué cascos de nieve que pone la suerte!  
¡Qué arrugas precoces cincela en la cara!  
¡Y cómo se quiere que vayan ligeros  
los tardos camellos de la caravana!  
Los tardos camellos  
-como las figuras en un panorama-,  
cual si fuese un desierto de hielo,  
atraviesan la página blanca.  
Este lleva  
una carga  
de dolores y angustias antiguas,  
angustias de pueblos, dolores de razas;  
idolores y angustias que sufren los Cristos  
que vienen al mundo de víctimas trágicas!  
Otro lleva  
en la espalda*

*el cofre de ensueños, de perlas y oro,  
 que conduce la reina de Saba.  
 Otro lleva  
 una caja  
 en que va, dolorosa difunta,  
 como un muerto lirio la pobre Esperanza.  
 Y camina sobre un dromedario  
 la Pálida,  
 la vestida de ropas oscuras,  
 la Reina invencible, la bella inviolada:  
 la Muerte.  
 Y el hombre,  
 a quien duras visiones asaltan,  
 el que encuentra en los astros del cielo  
 prodigios que abruman y signos que espantan,  
 mira al dromedario  
 de la caravana  
 como el mensajero que la luz conduce,  
 ien el vago desierto que forma la página blanca!*<sup>21</sup>

Ya estamos dentro de **Prosas profanas y otros poemas**. Aquí estableceremos nuestro límite por considerar este libro como consecuencia lógica de un sólido quehacer, que ha tenido tiempo de madurar, y porque todos sus versos se incluyen dentro de una época y unas geografías excesivas en la biografía de Darío -entre 1891 y 1901. Algunos de los poemas que presenta la edición consultada carecen de datos cronológicos, pero son los menos, diecisiete sobre un total de cincuenta y cuatro composiciones. No obstante, los faltos de data, por el tono de su discurso, pueden comprenderse sin violencia dentro de las fechas mencionadas-. El poeta vive sumergido en el ámbito del mundo, del demonio y de la carne, todos debidamente regados en licóres de distinta graduación y origen, bajo el signo rector de Francia:

*Amo más que la Grecia de los griegos  
la Grecia de la Francia, porque en Francia  
al eco de las risas y los juegos,  
su más dulce licor Venus escancia.*

.....

*Amor, en fin, que todo diga y cante,  
amor que encante y deje sorprendida  
a la serpiente de ojos de diamante  
que está enroscada al árbol de la vida.  
Amame así, fatal, cosmopolita,  
universal, inmensa, única, sola  
y todas; misteriosa y erudita:  
ámame mar y nube, espuma y ola<sup>22</sup>*

París fue el centro ideal de Rubén, el "boquete por donde él se escapaba de América. Cueva de Montesinos, conejera de Alicia en Wonderland. Y al otro lado disfrutaba -el arte por el arte- de un nuevo mundo de objetos. La Francia de Baunville y de Verlaine, la Francia del siglo XVIII. La Francia de la mitología y los orientalismos. Y hasta en las evocaciones del campo argentino y del campo español hay un espejo deformante fabricado en París. En estas evasiones por el boquete de su París, tenía que cargar con mucha literatura, con mucho arte"<sup>23</sup>.

Europa se descubre y se resume en el espacio del *splin*. Ha llegado la hora de iluminar el viejo mundo sin aceptar la perspectiva del sumiso, a pesar de las asunciones, sino del superior que llega a una clásica tierra hostil que lo tiene maravillado. Esta ya estaba aquí cuando llegó, incluso la había visto en sueños ciertos o en apariciones literarias. Sólo quedaba vivirla, sentirla cerca, para volver a contarla. "Es como si el espíritu de Darío tuviera sus propios órganos de

captación. Así como nuestros sentidos, mediante órganos diferentes, perciben luces, sonidos, olores, el espíritu de Darío abre sus órganos ideales y capta entidades que no son las comunes. Y así como la conciencia suele mezclar los estímulos que le llegan por diversos órganos sensoriales -esas sensaciones de las sinestesia que siempre se dieron en la literatura, pero que desde **Correspondencias** de Baudelaire se convierte en todo un estilo: en impresionismo-, también el poeta Darío, al captar las notas del mundo cultural las armoniza en una unidad lírica" <sup>24</sup>.

**Prosas profanas**, formalmente, ya expone la medida de una particular experiencia y expresión ruberianas. En cada fragmento, y en su conjunto, se escucha el sonido armónico de un embriagado sensual, capaz de hacer y escuchar su música, después de haber ensayado "toda clase de versos y de ritmos". El posible grado de experimentación del libro no implica una ruptura absoluta con la versificación regular, pero tampoco un seguir escribiendo al dictado de esquemas extraños que, cuando aparecen, se amoldan a un decir particular o debidamente asimilados a una musicalidad propia. La obra **Prosas profanas y otros poemas** muestra la fuerza de "sus invenciones y restauraciones -combinaciones métricas, cambios de acentuación, rimas interiores, inesperados choques y dislocaciones de sonidos, esquemas libres, asimetría de estrofas, asonancias, consonancias y disonancias en juegos rápidos, prosa rítmica, audaces quebrantamientos de la unidad sonoro-semántica del verso, etc.-", modelando "deliciosamente la prosodia de nuestra lengua. Gran parte de tanto alarde técnico se inspiraba en las tendencias francesas del verso libre" <sup>25</sup>.

La fascinación encierra con sus brazos, dejando dentro la capacidad de un nuevo mundo que mira hacia ambos lados. Paisajes y laberintos se suceden en una continua posesión tan tranquila como alocada. Es la pasión del equilibrio exaltado lo que se manifiesta y se mueve por dentro "En un aire suave de pausados giros".

Rubén Darío ya no es un niño versificador ni una joven promesa literaria, a pesar de su edad, sino un poeta circunciso, proclamado y adulto, surgido de la experiencia de una realidad que le ha exigido

vivir con urgencia. La intuición original y la capacidad de captar lo que de extraordinario tiene el universo, su armonía, ayudan a Darío a encontrar el camino de los elegidos. La marcha pudo realizarla en compañía de algunos hombres inteligentes y de más lecturas plenamente asimiladas. Era lógico, o así nos parece, que todo lo anterior cristalizara en un "poemario con alma, con gesto, con rostro"<sup>26</sup>

Si en **Prosas profanas y otros poemas** el tono erótico es el que se impone, lo hace desde un sujeto que se emborracha con el licor de sus demonios. El alcohol ya no es un vicio, sino una práctica responsable: "Fiestas, vinos, paseos, besos, flirts, contemplación de formas bellas y de movimientos frágiles, todo indica que Darío, en un acto mental deliberado, ha intuido el placer como fin de vida"<sup>27</sup>. El carnaval se cumple y las máscaras bailan al son de los signos de las musas, una hembra capaz de embrujar al hombre y agitarlo en su palabra; una fuerza que penetra en la fiesta y desde ella nos habla:

*Unete a la mascarada,  
y mientras muequea un clown  
con la faz pintarrajeada  
como Frank Brown;*

.....

*dí a Colombina la bella  
lo que de ella pienso yo,  
y descorcha una botella  
para Pierrot.*<sup>28</sup>

Es un rito amoroso el que se agita a cada instante; un asedio y una rendición que admiten desengaños para así poder continuar la búsqueda del infinito y su imposible. Cada muerte, como cada poema, es una fórmula de principio:

*La careta negra se quitó la niña,  
y tras el preludio de una alegre riña  
apuró mi boca su vino de viña.*

*Vino de la viña de la boca loca,  
que hace arder el beso, que el mordisco invoca.  
¡Oh los blancos dientes de la loca boca!*

*En su boca ardiente yo bebí los vinos,  
y, pinzas rosadas, sus dedos divinos  
me dieron las fresas y los langostinos.*

*Yo la vestimenta de Pierrot tenía,  
y aunque me alegraba y aunque me reía,  
moraba en mi alma la melancolía.*

*La carnavalesca noche luminosa  
dio a mi triste espíritu la mujer hermosa,  
sus ojos de fuego, sus labios de rosa.*

*Y en el gabinete del café galante  
ella se encontraba con su nuevo amante,  
peregrino pálido de un país distante.*

*Llegaban los ecos de vagos cantares;  
y se despedían de sus azahares  
miles de purezas de los bulevares.*

*Y cuando el champaña me cantó su canto,  
por una ventana vi que un negro manto  
de nube, de Febo cubría el encanto.*

*Y dije a la amada de un día: "¿No viste  
de pronto ponerse la noche tan triste?  
¿Acaso la Reina de luz ya no existe?"*

*Ella me miraba. Y el faisán cubierto  
de plumas de oro: -"¡Pierrot, ten por cierto  
que tu fiel amada, que la Luna, ha muerto!"* 29

Y el mundo, con todo lo que trae dentro, fue hecho para sus habitantes. Son éstos los que han de reflejar sus cuerpos en la superficie de los espejos para recoger de entre las imágenes aquella que más satisfaga:

*ANACREONTE, padre de la sana alegría;  
Ovidio, sacerdote de la ciencia amorosa;  
Quevedo, en cuyo cáliz licor jovial rebosa;  
Banville, insigne orfeo de sacra Armonía,  
y con vosotros toda la grey hija del día,  
a quien habla el amante corazón de la rosa,  
abejas que fabrican sobre la humana prosa  
en sus Himetos mágicos mieles de poesía:  
Prefiero vuestra risa sonora, vuestra musa  
risueña, vuestros versos perfumados de vino,  
a los versos de sombra y a la canción confusa  
que opone el numen bárbaro al esplendor latino;  
y ante la fiera máscara de la fatal Medusa,  
medrosa huye mi alondra de canto cristalino.* <sup>30</sup>

Verlaine ocupa su sitio en una historia tan alegre como descarnada, evidencia cierta de paganismo místico donde cuenta el polvo y la sangre, los restos, como signos de una resurrección deseada, en los cantos rituales de un nuevo credo:

*PADRE y maestro mágico, loróforo celeste  
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste  
diste tu acento encantador;*

*¡Pánida! Pan tú mismo, que coros condujiste  
hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste,  
¡al son del sistro del tambor!*

.....

*Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,  
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,  
sino rocío, vino y miel;  
que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,  
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres  
ibajo un simbólico laurel!*

.....

*Y huya el tropel equino por la montaña vasta;  
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz;  
y el Sátiro contemple sobre un lejano monte  
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
¡y un resplandor sobre la cruz!*

Siempre es el inocente quien muere como ofrenda en un sacrificio perpetuo:

*Sangre de Cristo. El órgano sonoro.  
La viña celeste da el celeste vino;  
y en el labio sacro del cáliz de oro  
las almas se abrevan del vino divino.*

.....

*Sangre que la Ley vierte.*

.....

*Sangre de los suicidas. Organillo.  
Fanfarrias macabras, responsos corales,  
con que de Saturno celebrase el brillo*

*en los manicomios y en los hospitales.* <sup>32</sup>

El poeta, Rubén Darío, bebe y da de beber en la fuente de su roca, una copa en la que nos ofrece, como oficiante, el alcohol de su propio cáliz. Lo que suceda después pertenece al individuo:

**JOVEN**, *te ofrezco el don de esta copa de plata*

*para que un día puedas calmar la sed ardiente,  
la sed que con su fuego más que la muerte mata.  
Mas debes abrevarte tan sólo en una fuente.*

*Otra agua que la suya tendrá que serte ingrata;  
busca tu oculto origen en la gruta viviente  
donde la interna música de su cristal desata,  
junto al árbol que llora y la roca que siente.*

*Guíete el misterioso eco de su murmullo;  
asciende por los riscos ásperos del orgullo,  
baja por la constancia y desciende al abismo  
cuya entrada sombría guardan siete panteras;  
son los Siete Pecados, las siete bestias fieras.  
Llena la copa y bebe: la fuente está en tí mismo.* <sup>33</sup>

Coda

La dipsomanía de Darío deja de ser una anécdota de borrachos para levantar el vuelo y trascenderse en una mezcla de licores: el que emerge de dentro, y es erótico, y el que se sumerge en los frascos de vidrio: "cuerpos bellos, bebedizos diabólicos", una frase que resume y

comprende la verdadera dimensión de un pleno quehacer poético y vital. Rubén Darío supo agotar su existencia para morir con intensidad : "no puso freno a sus deseos ni a sus apetencias; se entregó, tenazmente ilusionado, a cuanto le atraía: los viajes, los placeres del amor, las charlas, las copiosas libaciones, los espectáculos, las lecturas... y el gran placer, inmenso, aún con sus espinas dolorosas, de crear; el goce de extraer de su espíritu ese raudal de ideas y palabras que dentro de él se estremecía" <sup>34</sup>. En todo el proceso, la bebida no es sino un "peligroso combustible" que pone en movimiento "todo dolor, todo veneno, toda muerte" para poder seguir viviendo.

- 
1. Pantorba, Bernardino de, **La vida y el verbo de Rubén Darío**. Compañía Bibliográfica Española. S.A. Madrid, 1966. pág. 15.
  2. Torres, Edelberto, **La dramática vida de Rubén Darío**. Bibliografías Gandesa. México, 1956. pág. 329.
  3. Salinas, Pedro, **La poesía de Rubén Darío**. Seix Barral. Barcelona, 1975. pág. 47.
  4. Ibidem. pág. 13
  5. Ibidem. pág. 10
  6. Darío, Rubén, **Autobiografía**. Editorial "Mundo Latino". Madrid, 1915. pág. 4.
  7. Salinas, Pedro, op. cit. pág. 13. Fragmento extraído por el autor del estudio de un artículo de Rubén publicado en el **Correo de la Tarde**, de Guatemala, en 1890.
  8. Darío, Rubén, **Autobiografía**. op. cit. pág. 105.
  9. Ibidem. pág. 113-114.
  10. Cansinos Assens, Rafael, **La novela de un literato**. vol 1º. Alianza Editorial, Madrid, 1982. pág. 182-183.
  11. Cansinos Assens, Rafael, **La novela de un literato**. vol 2º. Alianza Editorial. Madrid, 1985. pág. 160
  12. Darío, Rubén, **Autobiografía**. op. cit. pág. 116
  13. Ibidem. pág. 119.
  14. Ibidem. pág. 133.
  15. Ibidem. pág. 173.
  16. Ibidem. pág. 183-184.
  17. Salinas, Pedro, op. cit. pág. 13
  18. Torres, Edelberto, op. cit. pág. 306.

19. Salinas, Pedro, op. cit. pág. 9.
  20. Ibidem. pág. 14.
  21. Darío, Rubén, "La página blanca", de **Prosas profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. Fondo de Cultura Económica. México, 1984. pág. 217.
- Todas las citas poemáticas de este trabajo pertenecen al volumen reseñado.
22. Darío, Rubén, "Divagación", de **Poesías profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. op. cit. pág. 185-188.
  23. Anderson Imbert, Enrique, "Rubén Darío, poeta", estudio preliminar de **Poesías completas**. op. cit. pág. XXIII.
  24. Ibidem.
  25. Ibidem.
  26. Ibidem.
  27. Ibidem. pág. XXV.
  28. Darío, Rubén, "Canción de Carnaval", de **Prosas profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. op. cit. pág. 193.
  29. Darío, Rubén, "El faisán", de **Prosas profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. op. cit. pág. 197.
  30. Darío, Rubén, "A los poetas risueños", de **Prosas profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. op. cit. pág. 242-243.
  31. Darío, Rubén, "Verlaine" de **Prosas profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. op. cit. pág. 222-223.
  32. Darío, Rubén, "La fuente", de **Prosas profanas y otros poemas**, en **Poesías completas**. op. cit. pág. 240-241.
  33. Pantorba, Bernardino de, op. cit. pág. 439.